

## HENRICHSEN, Leonardo

### El periodista que filmó su propia muerte

por Modesto Emilio Guerrero



**Nombre:** Leonardo Henrichsen

**Lugar y fecha de nacimiento:** Argentina, 1940.

**Especialidad:** Camarógrafo, corresponsal de la televisión sueca y Canal 13 de Buenos Aires.

**Lugar y fecha de muerte:** Santiago, 29 de junio de 1973, mientras reporteaba la sublevación militar del regimiento Blindados 2, conocida como "El Tanquetazo", sofocada por el general Carlos Prats González.

**Actividades:** Actividades políticas: ninguna. Sólo fue afiliado de la Asociación de Reporteros Gráficos de Buenos Aires

El día que mataron a Leonardo Henrichsen Chile amaneció de golpe. En la fría y soleada mañana del 29 de junio de 1973 se escucharon

gritos, tiros, frenazos de autos y la corrida angustiada de mucha gente por calle Agustinas, a sólo dos cuadras de La Moneda. Era el «Tanquetazo». El tiro fatal vino después.

Para Leonardo Henrichsen, periodista argentino de ascendencia irlandesa, que cubría los hechos para la televisión sueca y el Canal 15 de Buenos Aires, fue el último golpe que pudo filmar. Además fue **su** golpe periodístico. Leonardo sorprendió al mundo por haber mostrado, en seis minutos y medio de filmación, que Chile se desgarraba para dolor de toda América Latina y que él, ajeno a cualquier militancia política, mas no al mundo que lo rodeaba, era parte del sacrificio. Y lo fue: la saña calculada con que lo mataron por el simple hecho de reportear, signaba el rumbo que condujo a la barbarie del 11 de septiembre. Quienes lo acompañaban esa mañana en el hotel Crillón de Santiago cuentan que, como el resto de los corresponsales, saltó desde la mesa en que desayunaba, manoteó la cámara y salió corriendo, se puso la batería cinturón marca "Cine 60" que alimentaba la energía, bajó a la calle y se instaló... Así lo relató el cronista de la televisión sueca Ian Sandrich, según testimonio de Juan «Mono» Flores, uno de los mejores amigos de Henrichsen. Allí en Agustinas filmó el rostro de la muerte, que lo

sorprendió mirándola de frente. La cinta recorrió el mundo en los '70 y todavía impresiona mirar detenidamente cada cuadro, cada movimiento, cada acto y al camarógrafo invisible que filmó los últimos minutos de su vida.

«¡Hijos de puta, soy periodista!»



El **Primer acto** de la memorable filmación muestra un carro militar estacionándose en mitad de la calle, varios soldados descienden y toman el control apuntando con sus fusiles. Comienza el miedo.

**Segundo acto:** una ambulancia corre despavorida, se topa con el grupo militar, frena rápidamente y retrocede: los soldados apuntan.

**Tercer acto:** cientos de mujeres y hombres, jóvenes en su mayoría, se avalanchan sobre la posición de Henrichsen en la calle Agustinas. Todos huían de los primeros disparos del pelotón de asalto que tomó la calle. Leonardo filmaba a unos 150 metros. Sin que lo adviertan ingresan a la emulsión dentro de la cámara oscura, convertidos en imágenes para la historia, la misma que luego conocerán por el horror.

**Cuarto acto:** Aparece otro carro militar, da violenta media vuelta y se apostea en una esquina, casi a una cuadra sobre la calle Agustinas. Son 11 soldados. El chofer abre con fuerza su puerta y comienza a apuntar, los otros comienzan a descender con los fusiles calzados a sus hombros, apuntando a todo bicho humano que se movía. La gente sigue corriendo, sube escaleras, cruza la esquina, se recuesta a las paredes, baja la cabeza, mientras las bestias verde oliva pisotean la humedad de la calle. Todo se hace más movido, más violento, más Tancazo. La realidad comienza a girar alrededor de Leonardo Henrichsen. El pánico va ganando la acción que capta su lente. Sólo él permanece quieto, impertérrito, inmovible ante la historia que está filmando, la más curiosa crónica: su muerte en vivo.

**Quinto acto:** El oficial al mando desenfunda la pistola, la rastrilla, dispara al aire, pateo a un civil en el suelo, le grita lo que siempre gritan los militares, especialmente cuando son golpistas, y mira nerviosamente a todos lados: allí descubre a Leonardo que lo tiene atrapado con el ojo de la cámara. Sin parar el paso dispara contra el camarógrafo argentino y el grupo de corresponsales, pero yerra, se da vuelta, camina a otro lado. La cámara se mueve en desorden sin perder el objetivo. Henrichsen no ha caído, pero, sin duda, sus piernas tensas sobre el suelo reaccionan frente al disparo: «¡Hijos de puta, soy periodista!», cuentan que les gritó. (Ian Sandrich, según testimonio del "Mono" Flores).

**Sexto acto:** Se escucha otro cañonazo y se ve el humo saliendo del fusil de un soldado que decidió hacer buena letra con su jefe disparando al mismo lugar. Pero no pasó nada. El nerviosismo militar va de un lado a otro, mientras el foco sigue fijo sobre cada movimiento del grupo de soldados, Henrichsen sabe que allí está la fuente del suceso, los protagonistas de aquel trágico Santiago.

**Séptimo acto:** Mientras el soldado que acaba de disparar da media vuelta y va detrás de su jefecito, quien también había dado media vuelta, otro, parado sobre el carro, acomoda el fusil sobre su hombro derecho, toma distancia, aguza el ojo asesino y afinca duro la pierna izquierda. Así, absolutamente convencido, disparó. Henrichsen tomó estos movimientos paso a paso, como si la muerte que estaba filmando fuera de película. ¡Y eso es lo que impresiona de la cinta! Reguló con cuidado el lente hasta tener precisa la escena: el cuerpo firme del soldado apuntándole cuidadosamente, la calle nerviosa, la autoridad del carro militar estacionado donde le dio su perra gana, el clima gris sin technicolor de aquel Invierno de junio de 1973, captado por su cámara para la posteridad, la propia historia.

**Octavo acto:** La cámara comenzó a filmar la nada. El poderoso impacto de la bala de Fal en la base del cuello de Leonardo Henrichsen produjo un caos de planos sin acción humana, salvo la suya que era la última, y lo mató sin ninguna duda. Era el tercer disparo que desafiaba esa mañana: su último golpe. Un destacado periodista chileno venezolano que cubría los mismos hechos, en el mismo lugar y a la misma hora, hizo un vivido relato de lo que vio: 'La filmación de Henrichsen habla, por sí sola, mucho más que mil palabras, superando cualquier relato y aún hoy, a pesar del tiempo y la distancia, conservo vivas en mi mente no las escaramuzas de la asonada militar, sino las escenas de la película... el periodista, sin más escenografía, que la propia realidad.../ ...Pudo hacer, eso sí, lo que ningún otro de los cientos de reporteros abatidos por el mundo logró: escribir su propia historia»\*.

### **Un tipo arriesgado**

Leonardo Henrichsen sabía de asonadas militares, las había vivido a través del lente en su país, desde que se hizo camarógrafo, a mediados de la década del 60. Por eso tenía la piel curada de temores: la muerte no era su problema. ¿Su deber?: mostrar la realidad. "En aquellos años de mediados del 60 y comienzos del 70, cuando las peleas entre militares argentinos generaban permanentes sucesos de mucha envergadura política y valor informativo, Henrichsen era de los que no tenía miedo para meterse entre los balazos y sus compañeros le decían: "pero che, para qué te metes así, es muy peligroso; pero no, él quería fumar, él buscaba la información para publicarla, él se arriesgaba por eso, en ese sentido era incorruptible, amaba su oficio de periodista: (Raúl Tortosa, testimonio, Buenos Aires, marzo 1996).

Uno de sus más cercanos amigos y colaboradores, el "Mono" Flores, conocido director de la televisión argentina y compositor, ex socio profesional de Henrichsen, con quien se había formado como camarógrafo, nos relató su visión de Leonardo como un tipo arrojado: "...por ejemplo, un día decidió irse a Bolivia a filmar al Che Guevara cuando la guerrilla se instaló allá. Por eso es sorprendente su final, porque era un tipo de mucha clase para filmar disturbios sociales, así como otros eran especialistas en filmar moda o fauna, pero este hombre era de un comportamiento practiquísimo y hábil frente a un hecho de violencia, sabía ubicarse, sabía lograr la mejor imagen, tenía sangre fría, era un periodista de sangre, en ese tipo de hechos él nos sacaba ventaja a nosotros".

Para precisar su relato, apoyándose en uno de los sucesos más violentos que compartieron juntos en Argentina, el «Mono» Flores, hace memoria: «Yo recuerdo el día del famoso tiroteo en el puente 16 de Ezeiza (aeropuerto internacional de Buenos Aires), cuando venía Perón; en aquella masacre estábamos juntos, recuerdo que nos tiramos al suelo porque era una balacera impresionante, caía la gente y no

veíamos las balas, todos tiraban contra todos, en los árboles había francotiradores y nosotros estábamos en el palco donde caían las balas. ¿ Y Leonardo? Estaba sentado, esbelto, filmando esa escena cuando todos estábamos cuerpo en tierra. Fue una locura total, después se lo recriminé, pero él no se daba cuenta. Vivía lo que hacía y en función de lo que hacía. Todos los golpes de estado los vivimos juntos con Leonardo, pero él se arriesgaba demasiado... Cuando yo viajé a Santiago de Chile, después de su muerte, pude darme cuenta que en el lugar donde lo mataron había un muro y una escalera de cemento donde pudo refugiarse para filmar, y no lo hizo».

Sería un error concluir que Leonardo Henrichsen tenía vocación de suicida o cargaba con alguna frustración irremediable. No. Todos coinciden en que amaba la vida, que era su oficio, su familia y sus amigos. Leonardo no andaba buscando la muerte con una cámara al hombro, pero su amor por la noticia, que a cada tanto convertía en historia, le imponía, como una maldición, **llevar el riesgo a cuestas**. Murió en su ley, como el mejor.

### **Un joven con «madera»**

No caeremos en la trampa de mitificar a los muertos por lo que no fueron. Sería una burla. Nuestro mejor homenaje es mostrar a Leonardo tal como fue. Antes de comenzar su carrera periodística trabajaba en una tienda comercial y llevaba una vida sin desafíos. Era un tipo «común». No había hecho estudios universitarios, aunque conservaba el buen nivel cultural y la disciplina laboriosa de su familia irlandesa. Dominaba el inglés oral y escrito, no se le conoció militancia partidaria y nadie recuerda que tuviera inclinaciones ideológicas precisas. Sin embargo, de las declaraciones de amigos, allegados y colegas me permito apuntar que Leonardo Henrichsen amó el reportaje con ese tipo de pasión sólo encontrable en un artista honrado, un científico sin precio o un revolucionario no converso: esos tres bichos de la fauna de lo sublime.

Al ingresar a Sucesos Argentinos, el famoso noticiero de cine que hizo escuela por décadas, Tadeo Bartnowsky, su maestro, descubre que era un tipo bien dotado para el reportaje de campo, eso que en la jerga tradicional de los medios denominamos periodismo en vivo. Según sus allegados, los reportajes de Leonardo muestran a un joven amante de la acción y lleno de ambiciones, con suficiente talento para destacarse. No por casualidad, como recuerda el «Mono» Flores, la televisión sueca lo había contratado precisamente por esas dotes para el reportaje ágil y por su inglés fluido, en una época de nuestra América en que los avalares políticos estaban «de moda». Nuestro personaje ya era corresponsal de la TV sueca desde Miami hasta el Cono Sur.

Un testigo de excepción es Tadeo Bartnowsky. Este hombre de origen polaco radicado en Buenos Aires desde comienzos de esta postguerra, fue el maestro formador de una generación de fumadores argentinos; a ella perteneció Leonardo Henrichsen. Bartnowsky había sido corresponsal en la n Guerra Mundial y se destacó en Argentina como uno de los más importantes directores filmicos, con documentales premiados nacional e internacionalmente.

En aquel momento, comienzos de los 60, yo era director de cámaras de Sucesos Argentinos. Henrichsen comenzó a venir a ver si había posibilidades de aprender. Al final entró y empezó a trabajar como ayudante de cámara, después llegó a camarógrafo y para mí fue uno de los mejores que tuvimos. Como ya no podía escalar más, se había casado y quería hacer algo más en la vida, se unió con el

«Mono» Flores y Reynaldo Peralta en una compañía propia de producciones. Después consiguió la corresponsalía de la televisión sueca, pero él no fue a Santiago a filmar los hechos que lo condujeron a la muerte, **nadie sabía que venía un golpe: él se lo encontró**», comentó con precisión el viejo Tadeo.

### --¿ Cómo lo recuerda usted cuando ingresó a Sucesos Argentinos?

--Era un muchacho muy inteligente, tenía gran inquietud por aprender el oficio, se dedicaba de lleno a esto, averiguaba todo, todas las técnicas, trataba de conseguir libros, me preguntaba qué convenía estudiar y llegó a ser un excelente profesional». El "Mono Flores complementó con este comentario: "Leonardo se hizo ayudante de cámara, pero con la ventaja que hablaba y leía perfectamente el inglés, lo que le permitía nutrirse con los materiales y revistas de novedades que llegaban de Hollywood y por eso se fue convirtiendo rápidamente en uno de los camarógrafos jóvenes con mayores perspectivas de Sucesos Argentinos. Apesar de que otros éramos más antiguos, Leonardo se graduó primero, ¡y mirá que Tadeo era exigente!. Ahí empieza a despuntar y a hacer notas especiales. Pero cuando nos formamos, la exigencia profesional era muy grande. Tadeo nos tomaba exámenes de todo, debíamos saber desarmar y armar la cámara como si fuera un arma. Por eso a mis alumnos de hoy yo les digo que las cámaras tienen alma".

### «Parecía de mármol»

Esta imagen de Leonardo Henrichsen es del camarógrafo Enrique Nieto, quien compartió con él muchas correrías profesionales. Para el momento del asesinato, dirigía la Asociación de Reporteros Gráficos, a la que estaba afiliado Leonardo. Nieto, bordeando los 60, es un hombre de porte noble que estuvo vinculado al traslado del cuerpo y las gestiones posteriores:

«Su cuerpo, que era muy grande porque medía cerca de 1,90 y era, muy ancho, llegó a Ezeiza a las 3 y media de la madrugada y hacían fácilmente 5 grados bajo cero. El era un tipo muy bien parecido, de piel muy blanca y pelos rubios. Estaban presentes la madre, la esposa, Naum Velanovsky, el corresponsal de TV Globo, y un pequeño grupo de amigos y compañeros de laburo; el avión no llegaba nunca. Estaba embalsamado, parecía de mármol, blanco total. Velanovsky nos dijo que el presidente Allende había prometido investigar, pero entre golpe y golpe qué va a estar investigando. Su cuerpo pudo llegar porque el secretario de Emergencias Sociales del Ministerio del Trabajo de Argentina ofreció un avión. Nosotros habíamos hecho trámites para traer el cuerpo y absolutamente nadie nos daba un avión, hasta que este hombre se ofreció. Naum Velanovsky hizo todos los trámites en Chile. Después de septiembre, la embajada chilena nos invitó a la entrega de los 60 mil dólares a la viuda y nosotros nos negamos a ir porque no nos habían permitido colocar una placa en el lugar donde lo mataron. Nos negamos.

"A mi me sorprende que se haga este homenaje sobre Leonardo, porque yo no recuerdo otro desde aquel que le hizo en diciembre de 1973 el intendente de Lomas de Zamora (un barrio del Gran Buenos Aires), que en aquel entonces era el hoy (marzo, 1996) gobernador Eduardo Duhalde. Fíjate vos cómo han cambiado las cosas. Fue un buen gesto hacia los reporteros gráficos. A mí se me dijo que dijera unas palabras por la Asociación. Leonardo era un amor de tipo, siempre alegre; a mí, como soy petiso, me decía **«te voy a dar un rodillazo en la cabeza»**, y se reía". Enrique Nieto no deja quieta su memoria. Le tocó ir a Santiago a cubrir el golpe de septiembre: 'Nos dejaron en el aeropuerto desde la 9 y media de la noche hasta la 7 de la mañana, estaba el toque de queda, viste. A mi casi me rompieron un ojo

dentro del Estadio Nacional, ¡Malditos!: llega un camión y bajan detenidos con las manos en la nuca, yo empiezo a filmar y un carabinero me grita: «¡**Negativo!**», y me da con el fusil contra la cámara y me mete todo el visor en el ojo: Se queda pensando.

Horacio Riego, director de RVR Producciones, compartió con Henrichsen sus primeros estudios y noticias. Cuando ocurrió el asesinato, Riego trabajaba como camarógrafo en el Canal 15, donde Henrichsen hacía de free-lance. «Recuerdo -- cuenta-- que hubo una conmoción en **el** Canal cuando supimos la noticia; no lo podíamos creer. Después estuve muy comprometido porque me pusieron como testigo para la cremación:

### **--¿ Y cómo la supieron ?**

--Primero por los cables, la radio, pero después vimos la grabación, que se proyectó antes por un canal de la competencia que había logrado una copla.

### **¿Lucro con muerte ajena?**

De los hechos se desprende que "alguien" copió el material traído de Chile y lo vendió a la competencia para que diera la primicia. Este "tubazo" periodístico y su difusión mundial fue posible porque la cámara que usó Henrichsen tenía doble chasis y protegió la grabación. Por eso, cuando los milicos velaron el rollo no se dieron cuenta que la parte impresa estaba protegida. Su cámara era una Éclair, francesa, de 16 milímetros, con chasis de doble vuelta, y este dato --que siempre mantuvo inquieto al «Mono» Flores, según confesó-- es importante porque eso le dejaba muy poco espacio libre entre el motor de la cámara y el cuello por donde le entró la bala: fue una enorme cuota de mala suerte.

Cuando cae le dice al sonidista que se vaya porque lo van matar. Viene un soldado y empieza a tironear la cámara, pero Leonardo la agarraba muy fuerte. Entonces le cortan el cable de la batería y cuando la cámara pega en el suelo se abre y el rollo sigue rodando. A los pocos días la dejan a las puertas de EMELCO, una empresa chilena de filmaciones, ellos la toman y revelan porque los militares no se dieron cuenta que la parte filmada estaba enrollada en el otro chasis. Se la dan a la TV sueca, ésta la pone en todo el mundo y los royalties fueron para la familia... Hubo actos en Suecia y en otros lugares». (Testimonio del "Mono» Flores, Buenos Aires, marzo 1996).

### **Amó el reportaje como la vida**

El periodismo es el más absurdo de los placeres, uno está frente al peligro y ama eso como si fuera una doncella», dijo Hemingway. Deberíamos concluir que Leonardo Henrichsen, aquel joven periodista argentino muerto con las primeras balas del chacal chileno, amó su oficio como pocos... y ofrendó su vida por ello.

**Notas:** Miro Popic. **Morir en Tocoa**, Ernesto Carmona Editor, Caracas 1984.

**Modesto Emilio Guerrero**, periodista y escritor venezolano residente en Buenos Aires desde 1993, fue redactor de la Revista de América (Colombia) y director del semanario político venezolano La Chispa. En Buenos Aires dirigió el periódico Comersur. Actualmente escribe editoriales para la revista Síntesis y participa del Comité Editorial de la revista literaria Piel de Leopardo. Tiene 4 libros: Cuentos

Relatos y Poemas (1985), Haití, el Último Duvalier (1986), Panamá, Soberanía y Revolución(1990) y Después del 4-F (1995).

## ¿Qué pasó con la película?

por Eduardo Labarca(\*)

*El autor participó en la recuperación de la película que filmó el periodista argentino. Para relatar su relación con el episodio eligió el género epistolar, con esta "Carta póstuma a Leonardo Henrichsen ...25 años después"*

Leonardo:

Por encima de los océanos, Ernesto Carmona me ha bombardeado a mensajes exigiéndome con determinación justiciera esta nota sobre tu muerte. He tardado en ponerme a escribir, porque la distancia entre Santiago y mi oficina de Viena no sólo es física. Están los años transcurridos, casi un cuarto de siglo, y he necesitado zambullirme en el pasado y entrar en comunión contigo nuevamente. Sin biblioteca ni archivos ni recortes para consultar, mirando el Danubio desde esta torre, he decidido que es mejor escribir sólo de recuerdo. Y he resuelto dirigirme a tí, pues aunque nunca nos vimos las caras, somos algo así como antiguos amigos. Mi memoria puede traicionarme, tal vez olvide o confunda algunos nombres, equivoque detalles. Trataré, sí, de ser sincero y de contarte algunas cosas que desconoces de ese 29 de junio de 1975, cuando tú y yo nos encontramos por primera vez y tú ya estabas muerto.

Yo dirigía el Noticiero Nacional de Chile Films y tú habías llegado a Santiago desde la Argentina como camarógrafo free-lance. Venías a filmar la revolución pacífica de Allende, los corcoveos de los camioneros, las tomas, las barricadas, los desfiles y contra desfiles, los cacerolazos, las bravuconadas de los militares. Esos militares acostumbrados a madrugar que el S 9 de junio nos despertaron con varios tanques en la calle. Souper(\*) se llamaba, creo, el oficial que levantó al Blindados N° 2 y partió a dar cañonazos a La Moneda.

Oídas las primeras noticias llamé desde mi casa al chico Silva, el productor que más tarde se iría a trabajar con Julio Iglesias, al chofer de ojos azules cuyo apellido no recuerdo y al joven camarógrafo Hernán Pacheco, parco de palabras y sutil de ironías, que volvía de un curso en el ICAIC, en La Habana. Al poco rato llegábamos a un décimo piso del edificio de la esquina nororiente de Morando con Agustinas, creo que de Codelco, donde unas secretarías puntillosas quisieron impedirnos el paso. «La guerra es guerra», les dije, y seguimos de largo a un balcón, mirador privilegiado frente al teatro del drama. Unos tanques enanos, aparcados en medio de una Plaza de la Constitución completamente vacía, apuntaban hacia La Moneda. Con la cámara disimulada para que no la fueran a tomar por un arma de fuego, Pacheco filmaba con serenidad. En la plaza un oficial llegó a pie a parlamentar con los alzados: el comandante en jefe, general Carlos Prats, había enviado a su ayudante a exigirles rendición.

En ese momento me atreví a asomar medio cuerpo por el balcón, y allí lo vi. A pique, justo bajo nosotros, un pequeño camión militar destartado con cinco o seis

soldados cubría las espaldas a los amotinados. Media hora más tarde los motores de los tanques petardearon, los escapes soltaron volutas azules y los alzados, a quienes ningún otro regimiento había apoyado, emprendieron la retirada por Teatinos hacia la Alameda: el primer intento de golpe contra Allende había fracasado. Volví a asomarme, y cuando el camión se iba a poner en movimiento diez pisos más abajo, el oficial de boina que lo comandaba dio una orden, dos soldaditos bajaron de un salto, uno levantó en la vereda la tapa redonda de una instalación subterránea de electricidad o teléfonos, y el otro arrojó adentro -- la vi nítidamente y no dudé un solo instante de lo que era-- una cámara cinematográfica: tu cámara. Cerraron la tapa y el camión escapó tras los tanques. Ese camión, tú, Leonardo Henrichsen, lo conocías desgraciadamente demasiado bien.

La Moneda recuperaba tímidamente su dignidad después del susto. Algunas cabezas osaban asomarse, los primeros curiosos se acercaban. Las tropas fieles al gobierno avanzaban a pie por Morando y Teatinos, desde el norte, al mando de un general "leal": Augusto Pinochet. Mientras los soldados ocupaban la plaza, varios hombres del GAP, la guardia personal de Allende, llegaron con armas largas a compartir nuestra atalaya. De ahí vimos a otros GAP apostándose en terrazas y ventanas de los edificios que miraban a palacio. Las motos policiales y los Fiat 125 irrumpieron espectacularmente: el Presidente Allende recuperaba su puesto en La Moneda. Pero eso, tú, Leonardo, no alcanzaste a filmarlo.

Entrada la tarde decidí volver a los estudios de Chile Films con el material que habíamos filmado. Pero yo quería también la cámara que los alzados habían escondido--la tuya-- creyendo hasta ese momento que contendría una película filmada por los propios amotinados. Abajo los soldados tendían barreras y no parecía fácil recuperarla. Hablé con el jefe del GAP que controlaba nuestro edificio: decidimos dejarla donde estaba y él se comprometió a retirarla más tarde. Cuando salimos a la calle, un GAP, parado en la vereda sobre la tapa, cuidaba tu cámara de punto fijo.

Tu nombre --en Chile siempre te llamamos Leonard Henriksen, aunque ahora nos comunican desde Argentina que en realidad te llamabas Leonardo Henrichsen-- lo oí por primera vez esa tarde. Las radios decían que entre los muertos de la balacera había un corresponsal de la televisión sueca radicado en Buenos Aires. Su cámara había desaparecido. Yo sabía muy bien donde estaba esa cámara y me fui a hablar con Eduardo Paredes, el Coco, Presidente de Chile Films, médico joven muy vinculado a Allende y al GAP. La cámara del «sueco» se convirtió en nuestra obsesión. Tu película que no conocíamos era «*nuestra*» película, trofeo de Chile Films, de nuestro noticiario.

Decidimos guardar secreto total. Souper y los suyos estaban en poder de la justicia militar. No queríamos que el fiscal Francisco Saavedra echara mano a la cámara, que la película que te había costado la vida fuese velada en un juzgado militar. Queríamos conocerla, saber de una vez qué habías filmado. El Coco no deseaba que el GAP la entregara a Televisión Nacional, cuyo director, Augusto Olivares, era uno de los amigos más íntimos de Allende. Por ello telefoneó a La Moneda, pero allí celebraban todavía la victoria y en esos momentos Allende hablaba desde un balcón. Probablemente tu cámara seguía bajo la vereda.

A las 8 de la mañana del día siguiente, el Coco y yo llegábamos a Tomás Moro, La Moneda Chica. Allende apareció envuelto en la capa negra de forro rojo que le había regalado el Embajador de España, nos saludó y se fue con el Coco por un pasillo. A

los pocos minutos el Coco volvió con aire satisfecho y luego el propio Perro Olivares trajo tu cámara. Olivares la pasó a Eduardo Paredes y ahí mismo Paredes me la entregó a mí.

¿Qué sentí en ese momento? Los recuerdos son vagos. Mis manos no estaban habituadas a cargar una cámara. Yo dirigía el noticiario de Chile Films, es cierto, pero venía del periodismo escrito y era nuevo en el cine. En esos días iba a hacer un curso de camarógrafo. Tu cámara era una Éclair. El cordón que la unía a la batería de tu cinturón había sido cortado para arrebatártela. Pero el chasis con la película parecía intacto. En el jeep del Coco Paredes en que rodábamos hacia los estudios de Chile Films, situados en Américo Vespucio, yo llevaba tu cámara en las rodillas. La llevaba con respeto, con cierto temor incluso. Con solemnidad. Con excitación.

En Chile Films entregamos la cámara a Osvaldo del Campo, director del laboratorio, quien se encargaría de abrir el chasis y revelar la película. El laboratorio estaba en otro extremo de la ciudad, cerca de la Estación Central. Yo seguí trabajando en el montaje del próximo noticiario, un número triple que en vez de los diez minutos habituales duraría media hora. Mostraría la huelga de los camioneros cuyos vehículos habíamos filmado desde un avión, la cadena de acciones sediciosas que habían culminado con el Tancazo del 29 de junio, y la reacción del pueblo y la derrota de los sublevados que inocentemente imaginábamos definitiva.

A las pocas horas Osvaldo del Campo nos daba por teléfono la mala noticia: tu cámara se negaba a entregar sus secretos. Habías filmado en 16 milímetros creo que con película Agfa reversible en colores. Chile Films no tenía equipo para revelarla y ningún laboratorio de confianza lo podía hacer. Con el Coco Paredes y Douglas Hübner, que era uno de los jefes, se resolvió que al día siguiente Del Campo volaría discretamente a Buenos Aires, tu ciudad. Así, tu película regresó por un día a tu tierra, pero no para quedarse, sino para ser procesada en un laboratorio argentino y volver a Chile ya revelada. El esperado momento en que la veríamos llegó por fin.

Accionaba las perillas de la moviola uno de los compaginadores del noticiario, no recuerdo si el argentino Carlos Piaggio, Leonardo Céspedes o Rodolfo Bedeles. Creo que el Coco Paredes no estuvo presente. Tal vez Hübner y algún otro. A lo más tres o cuatro personas en la pequeña sala de montaje, en la oscuridad.

Tus primeras imágenes fueron francamente decepcionantes. ¿Dar la vida para eso? Una entrevista muda de Onofre Jarpa, unas imágenes archiconocidas de camioneros en huelga, unos manifestantes con banderas... Cuando el rollo ya se acababa, en los últimos pies de película aparecieron los tanques. Los tanques frente a La Moneda filmados por ti desde lejos. Y, entonces, el camioncito. Al parecer tú estabas en la calle Moneda, entre Bandera y Morando, protegido por un poste. El camión no se hallaba todavía en Agustinas, sino a una media cuadra de tu posición, en Moneda con Morandé, frente al balcón de Allende. Ese fue el momento, en la oscuridad de esa sala, en que nos revelaste la verdad de tu muerte. En tu cámara nos legaste la prueba y con tu vida pagaste el haberlo hecho. No, no había sido una bala perdida. No, no fue la mala suerte de un camarógrafo temerario. No, no fuiste cogido entre dos fuegos. No. Tú, Leonardo Henrichsen--y en ese instante lo supe, lo vi, lo vimos-- habías sido asesinado a sangre fría.

El oficial de boina y uniforme de camuflaje te ve de repente. No quiere que lo filmen. Se enfurece. Saca la pistola. Dispara a tontas y a locas hacia ti. Da unos pasos de

fiera. Quiere tu vida. Abre la boca. Grita una orden. Quiere tu sangre. Quiere tu cámara... Todo es vertiginoso: desde arriba del camión los soldados obedecen y apuntan sus fusiles hacia el lente de la cámara. Ellos apuntándote y disparándote una vez, otra vez, otra vez. Tú apuntándolos, filmándolos: un disparo, otro disparo... Bruscamente, barridos locos, lamparazos, gris, luz, blanco, cielo, tierra. Oscuridad.

Silencio frente a la moviola. Gargantas apretadas. Un carraspeo, una palabra en voz baja. ¡A trabajar! Hago descartar las entrevistas de la primera parte y repetir una y otra vez, hasta el agotamiento, las imágenes de tu inmoción. Estudiamos cada movimiento, detenemos, repetimos --adelante, atrás-- cada cuadro. Ya conocemos cada gesto del oficial, adivinamos sus palabras cuando grita: «¡Mátenlo!», "¡Fuego! »Máten al testigo, maten a ése que nos está filmando. Ya conocemos a cada soldado, el ademán de cada uno, cada balazo. Descubrimos el destello de cada fusil, la humareda casi invisible que alcanzaste a capturar para siempre. Tu pulso no ha temblado, no has dudado en filmar y filmar y filmar ganándole segundos a la muerte. Tienen que matarte para que pares. Ése, el último, es el disparo que te da de lleno. E incluso así, sigues filmando mientras vas cayendo. Y yo, al ver y rever lentamente en la moviola esa película que terminé por conocer de memoria, caía contigo cada vez.

La secuencia era tan breve que para mostrarla al público había que ponerla en cámara lenta. Diego Bonacina, talentoso camarógrafo argentino como tú, se encerró esa noche a trabajar con la truca. En la recomposición de Diego, la secuencia se exhibe primero escuetamente, se repite, y la tragedia se va desmenuzando con imágenes y encuadres congelados hasta la torturante progresión del desenlace. El oficial asesino queda identificado, tipificado, caracterizado para siempre en su furia homicida.

Los soldados muestran de cuerpo entero su eficiente obediencia. Cada disparo cuaja en la imagen marcando el tiempo de tu martirologio inexorable. Tú, Leonardo Henrichsen, invisible en la pantalla, cobras por contraste tierna dimensión humana. Desde detrás de tu cámara pareces presentarte, sin que veamos tu rostro nos saludas en silencio, nos cuentas sin palabras las pequeñas peripecias de tu vida corriente, y en la tenacidad con que sigues filmando muestras tu pasión de periodista, exhibes tu carácter y te extingues con modestia ante nosotros.

Seguimos trabajando en secreto, pero el rumor de que teníamos tu película se extendía rápidamente y temíamos que el fiscal militar llegara en cualquier momento a incautarla. Había que ampliar tu película de 16 a 55 milímetros, y apurarse. En el número triple del noticiario en blanco y negro incluí hacia el final, intercalada a todo color, la secuencia de tu muerte. Sería una imagen muda, sin sonidos que pudiesen atenuar el espanto o turbar el recogimiento ante tu sacrificio. Sólo pusimos a cada disparo un chasquido con eco, para que retumbara en los oídos, en la conciencia del espectador. Al cierre del noticiario, Allende en el balcón de La Moneda y la muchedumbre celebrando en la plaza la derrota del Tancazo: "¡Allende, Allende, el pueblo te defiende!».

Lo que vino después ya no es secreto. El noticiario triple de Chile Films, que más tarde se conocería como el documental Chile, junio de 1973, del que figuré como director, y que obtuvo algún premio por ahí, salió a los cines con tu secuencia póstuma y a las pocas horas la fiscalía militar incautaba en las salas todas las copias. Tu negativo y tu cámara quedaron en alguna parte que tal vez otros recuerden. Dos meses y medio más tarde La Moneda era bombardeada y el ejército

ocupaba Chile Films. Allende, Eduardo Paredes, Augusto Olivares y varios más que tuvieron que ver con tu cámara morían a manos o por culpa de los mismos que habían demostrado su ferocidad al asesinarte.

Oliendo lo que venía, apenas terminamos el noticiario me preocupé personalmente de que tres o cuatro copias salieran de inmediato al extranjero. Se enviaron gratuitamente a cineastas amigos: nadie entre nosotros pensó en ganar dinero con tu muerte. Sólo nos interesaba que lo que viste por el ojo de la cámara en el instante en que te mataban pudiera verlo el mundo contigo. Así, tu última filmación pudo ser conocida y transformarse en una secuencia clásica, y tú entraste en la Historia, fuiste símbolo y finalmente te convertiste en mito.

Llegado a este punto de mi carta, siento necesario formularme a mí mismo una pregunta: ¿Fui, he sido yo leal contigo? ¿Fuimos nosotros -me refiero a la gente de Chile Films de entonces- leales? No es fácil contestar. Es innegable que teniendo tu sobrecogedora película entre las manos, nos faltó tranquilidad para preocuparnos de ti como persona. Con esa película queríamos mostrar que habías sido la primera víctima de una máquina infernal en movimiento, necesitábamos dar la alerta. En todo momento --y lo declaro sin rodeos-- me sentí con derecho, y con la obligación además, de utilizarla y mostrarla sin pedir permiso a nadie. Ese sentimiento lo compartíamos todos los que hubimos de tomar las decisiones: yo, Douglas Hübner, Eduardo Paredes y evidentemente el propio Salvador Allende, quien ordenó que la cámara recogida por el GAP nos fuese entregada. Ninguno de los cineastas y técnicos involucrados en el episodio expresó tampoco la menor duda u objeción.

En mi urgencia no me di tiempo para averiguar quién habías sido tú realmente, qué inquietudes te habían movido, qué ideales habías profesado. Esas averiguaciones hubiesen dado respuesta a la pregunta que no me formulé: si lo que estábamos haciendo con tu película póstuma era algo que tú hubieras podido aprobar. Siempre, es cierto, te consideré uno de los nuestros, un muerto de nuestra causa, pero no preví, por ejemplo, la posibilidad de ir a Buenos Aires a consolar a tu familia y a tus amigos con mi relato, ni de pedir a los tuyos o a aquéllos para quienes trabajabas autorización para usar tu filmación. Nos jugábamos el todo por el todo al borde del abismo, éramos profetas, salvadores, mesías resueltos a un esfuerzo supremo en aras del futuro de Chile, pero en tu caso olvidamos ciertos "*detalles*" humanos. A tu muerte se sumaron más tarde tantas muertes... A la distancia, admito hoy que las decisiones que me creí libre de adoptar con respecto a ti y a tu obra tenían aspectos éticos que entonces no supe o no quise percibir y que hoy día consideraría insoslayables.

En torno a tu muerte, tu cámara, tu película, nació la leyenda y ruedan hasta hoy múltiples versiones, a las que en esta carta he querido agregar la mía. En estos años yo he seguido mi camino. Pero a partir de ese 29 de junio, cuando vi fugazmente a unos soldados deshacerse de una cámara que resultaría ser tu cámara, mi vida, quiéralo yo o no, se vinculó a tu vida y especialmente a tu muerte. Y así, Leonardo Henrichsen, seguiremos hasta el día en que la muerte me alcance también.

**Nota** Coronel Roberto Souper Onfray

---

**Eduardo Labarca**, periodista, escritor y abogado chileno, reside en Viena, Austria. En 1968/72 fue redactor político y columnista de El Siglo; comentarista de radio

Portales y panelista del programa A esta, hora se improvisa, de Canal 13 TV UC. Se desempeñó como director del Noticiario Nacional de Chile Films (1972/73), periodista del programa Escucha Chile de radio Moscú (1974/79), asilado político en Colombia (1974), periodista y traductor "freelance" en París (1980/85). Desde 1986 trabaja como traductor de Naciones Unidas en Viena, Austria. Sus libros periodísticos tienen múltiples reediciones y traducciones: Chile invadido (reportaje, 1968), Chile al rojo (reportaje, 1971), Corvalán 27 horas (entrevistas, 1973), Corvalán de Chile (entrevistas, 1974). Su obra literaria comenzó en 1988 con El turco Abdala y otras historias (tres novelas cortas. Santiago), siguió en 1990 con Acullá (novela. Santiago) y Butamalón (novela, Madrid, 1994). En 1988 obtuvo en Ginebra el Premio Platero por el cuento La Ensalada.

Esta información ha sido extraída textualmente de:

*Morir es la Noticia*

Ernesto Carmona Editor

(Periodistas relatan la historia de sus colegas asesinados y/o desaparecidos)

(Tercera Edición); SANTIAGO DE CHILE 1998

## Hace 30 años que murió Leonardo Henrichsen (Ernesto Carmona\*)

**Adital** - México - "**Jan, me muero...**" Se cumplieron 30 años del asesinato - todavía impune - del periodista argentino-sueco Leonardo Henrichsen, corresponsal de TV Suecia, mientras cubría la sublevación del regimiento de tanques (29 de junio, 1973) que antecedió en dos meses al golpe militar contra Salvador Allende, ocurrido el 11 de septiembre. Henrichsen fue ejecutado fríamente a una cuadra del palacio de La Moneda. Su colega y compañero de trabajo Jan Sandquist lo arrastró a un automóvil. Murió en sus brazos. "Jan, me muero...", alcanzó a oírle el sueco Sandquist. Cuando llegaron al hospital el cuerpo del camarógrafo no era más que un cadáver. **La vida por una noticia** Mucha gente ha visto el rostro del responsable de este crimen, quien tuvo mala puntería porque fue el fusil de un conscripto el que apagó la vida y la cámara de Henrichsen. Su imagen lleva 30 años dando la vuelta al planeta, desde que el periodista la obtuvo al precio de su vida. Su sacrificio por capturar la noticia figura hoy en manuales y textos de periodismo de riesgo, por sus imágenes obtenidas "al pie del patíbulo". Sus pares instituyeron el 29 de junio como el Día del Camarógrafo para honrar su memoria en Argentina. Varios libros cuentan su hazaña. El último es Reportaje con la Muerte (Editorial B, Buenos Aires-Santiago), del venezolano-argentino Modesto Emilio Guerrero. El escritor Eduardo Labarca casualmente presencié cómo los milicos ocultaron su cámara en una alcantarilla -y así pudo recuperar el film- relató su parte en *Morir es la Noticia*, 1997. Y el mismo Guerrero publicó allí su investigación inicial sobre el personaje.

**¿Quién es el asesino?** Pero hay una paradoja. ¿Nadie conoce todavía el nombre del asesino!, a pesar que su rostro fue captado por la misma víctima en la propia escena del crimen. Tampoco se sabe si era oficial o suboficial. Más aún, se ignora si pertenecía, o no, al regimiento sublevado o a las tropas "leales" que ese día comandó Pinochet\*, supuestamente para "sofocar" una rebelión que mató a veinte civiles y a sólo dos uniformados. Sólo se puede presumir que hoy tendría unos 60 años. El coronel José Domingo Ramos Albornoz, quien tomó parte en las

operaciones para sofocar el golpe, no pudo discernir el regimiento ni el grado del sujeto, cuando examinó las fotografías del victimario en 2001. Como su tropilla tampoco utilizó un tanque, sino un vehículo menor, bien pudo pertenecer a las confusas tropas "leales" del regimiento Buin, cuyo mando usurpó ese día Pinochet por el solo hecho de su presencia, a causa de su calidad de general. El general Emilio Cheyre -hoy comandante en Jefe del Ejército de Chile- dijo en estos días ¡Nunca más! Quiso decir "Nunca más habrá militares haciendo 'política armada' por cuenta de mandantes civiles". Llegó, entonces, la hora de exigir justicia, aunque sea 30 años después... Al culpable deberían identificarlo y buscarlo los servicios policiales del Estado y no el periodismo de investigación. Llegó la hora que los periodistas chilenos reclamemos justicia a Cheyre. Y que los periodistas de todo el planeta hagan también suya esta causa, nuestra causa. Sólo la presión y la voluntad del Estado pueden sacar a la alimaña del escondite.

EL FOTOGRAFO ARGENTINO QUE FILMO A SU PROPIO ASESINO

## Instantáneas del mal

El argentino Leonardo Henrichsen, cubría en 1973 el golpe chileno para la TV sueca. Estas son las fotos y el relato de un crimen.

Abel Alexander. INVESTIGADOR FOTOGRAFICO.

Desde los primeros daguerrotipos de 1839 hasta que la fotografía se echó a andar al ritmo de 16 fotogramas por segundo en una cinta de cine en 1895, **sólo transcurrió medio siglo**. Pero el mundo había cambiado para siempre.

La novedad de los hermanos Lumière arribó pronto a estas tierras y casi de inmediato las cámaras empezaron a trabajar en la calle, documentando día a día el quehacer de la población. **Nacieron de este modo los noticieros**. Entre los precursores están Eugenio Cardini, la Casa Lepage, con su camarógrafo estrella, el francés Eugenio Py, compitiendo con los noticieros de la firma Gregorio Ortuño. Pero los dos colosos al servicio de la noticia en esta etapa heroica fueron, sin duda, Max Glücksmann y Federico Valle; encarnizados rivales, que **ofrecían en sólo 24 horas las últimas noticias a los espectadores porteños**, en los flamantes "biógrafos".

Muchas décadas después pero con la misma pasión surgió, en el periodismo gráfico, la figura de Leonardo Henrichsen. Argentino, casado, con tres hijos, "el sueco" era un cazador nato que buscaba, sin medir riesgos "la" imagen que el público espera de un suceso trascendente.

Henrichsen era descendiente de inmigrantes suecos e ingleses, que llegaron al Nuevo Mundo buscando libertad, justicia y trabajo. Conoció su vocación cuando tuvo su primera filmadora a batería. Trabajó en **Sucesos Argentinos**, empresa fundada en 1938 por Antonio Angel Díaz que fue "sinónimo de noticiario en la Argentina". Tuvo maestros excepcionales como Pedro Pouchulú pero fue Tadeo Bortnowski, hombre ducho en bombardeos y metralla, corresponsal de guerra en distintos frentes de batalla durante la Segunda Guerra Mundial, **quien le enseñó a cubrir con la cámara los hechos violentos**.

Años después lo llamaron de la radio y televisión de Suecia, la patria de su abuelo.

**En 1973 lo enviaron a Chile para cubrir la efervescencia política y militar** provocada por el gobierno socialista de Salvador Allende. Para entonces ya había filmado 14 golpes de Estado, muchos bajo las balas. **A las 9 de la mañana del 29 de julio** escuchó desde su hotel, los primeros disparos de la sublevación conocida popularmente como el "Tacanazo".

En un acto reflejo tomó su filmadora (una "Eclair 16 II", francesa, con doble chasis) y bajó junto a su colega, el periodista sueco Jan Sandquist. **Avanzó, decidido, hacia un grupo de soldados al mando de un capitán del ejército** que, desde un vehículo, disparaba contra las tropas leales. **El capitán giró la mirada y vio, sorprendido, la cámara de Henrichsen registrando la escena.** Fue un segundo fatal. Ciego de rabia ordenó a sus soldados disparar sobre el periodista. Los dos hombres se enfrentaron fieramente. Eran profesionales en lo suyo. El militar empuñó su pistola automática, el periodista su filmadora. Una disparaba plomo y mataba; la otra ametrallaba imágenes, que multiplicadas por millones, afectarían a gobiernos y sistemas políticos y económicos, denunciando injusticias y crímenes.

**Leonardo filmó a su propio asesino en un registro que no conoce antecedentes.** Cayó lentamente hacia el suelo, siempre con el dedo sobre el obturador, filmando. Se aferró tan fuertemente a la cámara que el soldado no pudo arrebatársela aunque lo arrastró varios metros por la calle. Tuvo que cortar el correa para sacársela. El soldado abrió la cámara y arrancó la película, después, arrojó con desprecio la filmadora sobre el frío adoquinado. **No sabía que el otro chasis estaban los seis minutos que iban a revolucionar al periodismo mundial.**

Se habían cumplido las palabras de Roland Barthes: "Todos esos jóvenes fotógrafos que se agitan por el mundo consagrándose a capturar la realidad, no saben que son agentes de la muerte".

## El día que mataron al periodista Leonardo Henrichsen

por Ernesto Carmona \*



El reclamo de justicia que el jueves plantearon a los tribunales chilenos por el crimen de su padre los hijos del periodista argentino Leonardo Henrichsen quizás permita esclarecer los entretelones más oscuros del levantamiento militar previo al golpe definitivo de 1973 que se recuerda mejor como el "Tanquetazo".

31 de octubre de 2005

Desde  
Santiago (Chile)

La demanda de castigo a los asesinos del camarógrafo fue introducida por Josephine y Andrés Henrichsen Macfarlane en el Segundo Juzgado del Crimen, a cargo de la magistrada Romy Grace Rutherford Parentti.

El periodista sueco murió durante la asonada castrense recordada como el "Tanquetazo", registrada por la historia el 29 de junio de 1973, dos meses y medio antes del golpe definitivo del 11 de septiembre. Sus protagonistas fueron militares y civiles: la oficialidad del Regimiento Blindado N° 2, encabezada por su comandante Roberto Federico Souper Onfray, y la cúpula del movimiento Patria y Libertad, que dirigía entonces el abogado Pablo Rodríguez Grez, hoy defensor de Augusto Pinochet en numerosos juicios.

Los uniformados del regimiento de tanques (oficiales, suboficiales y concriptos), ubicado en esa época en Santa Rosa y Porvenir, pasaron todos a la justicia militar, en un proceso que instruyó como fiscal el coronel (J) Francisco Saavedra Moreno, en tanto los cabecillas civiles de la sangrienta asonada se asilaron en la Embajada de Ecuador, donde permanecieron una semana, hasta que el gobierno de Salvador Allende les otorgó salvoconductos para abandonar el país. Los dirigentes de Patria y Libertad que se refugiaron en la sede diplomática, una vez constatado el fracaso del intento de golpe, fueron Pablo Rodríguez Grez, Manuel Fuentes Wendling, John Shaeffer, Benjamín Matte y Juan Hurtado, cuyo asilo duró una semana.

Veintidós personas perdieron la vida en esta violenta acción militar contra civiles indefensos que circulaban por las cercanías del Palacio de La Moneda. Más de un centenar de uniformados se desplazó en tanques, camiones orugas y "camionetas tres cuarto", pertrechados con armas cortas, largas y ametralladoras de calibre .30 y .50.

El periodista Leonardo Henrichsen filmó a sus asesinos en el instante mismo en que le dieron muerte, mientras cubría el alzamiento militar para la Radio y Televisión de Suecia. Cayó en Agustinas, entre Morandé y Bandera, frente al Banco Central, abatido por las balas disparadas por una patrulla que se desplazaba en la camioneta 3/4 PAM N° 3091, al mando del cabo Héctor Hernán Bustamante Gómez, del Cuadro Permanente de la Compañía de Tiradores del Regimiento Blindado N° 2.

Oficiales del Blindado N° 2

Fuente: Proceso 2765/73, Segunda Fiscalía Militar Fiscal: Coronel (J) Francisco Saavedra Moreno Secretario adhoc: Mayor (J) Rolando Melo Silva

El comandante del Regimiento Blindado N° 2 era el teniente coronel Roberto Federico Souper Onfray. Al quedar en libertad tras el golpe militar del 11 de septiembre de 1973, se desempeñó como agente de la División de Inteligencia Regional de la División de Inteligencia Metropolitana de la DINA/CNI. Un informe desclasificado de la CIA del 31 de agosto de 1971 lo mencionó entre los ocho oficiales del ejército chileno más propensos a oponerse al gobierno de Allende, según la opinión de una fuente no revelada. (El nombre del primero de la lista fue tachado, pero lo siguen Augusto Pinochet, el "Brigadier general Alfredo Canales Márquez, director de la Academia de Guerra; teniente coronel Dante Iturriaga Marchesse, comandante de Fuerzas Especiales; coronel Julio Canessa Robert; teniente coronel Roberto Souper Onfray, comandante del segundo batallón blindado (comanda todos los tanques en Santiago); coronel Sergio Víctor Arellano Stark, actualmente agregado militar en Madrid, pero quien volverá a Santiago próximamente, con destinación desconocida; y coronel Sergio de la Puente, comandante del Regimiento Buin" [Fuente: [http://www.elmostrador.cl/modulos/noticias/constructor/detalle\\_noticia.asp?id\\_noticia=14522](http://www.elmostrador.cl/modulos/noticias/constructor/detalle_noticia.asp?id_noticia=14522)]). También es pariente de Carlos Enrique Roberto Souper Quinteros y

de los hermanos Jaime y Patricio Souper, activos participantes civiles de Patria y Libertad en el levantamiento, también detenidos y procesados por el tribunal militar.

Souper Onfray quedó en libertad inmediatamente después del golpe, al igual que el resto de los oficiales que se levantaron contra el gobierno de Salvador Allende, más de una semana antes de que el "juez militar" general Herman Brady sobreseyera definitivamente la causa por sedición el 20 de septiembre de 1973. En mayo de 2001, Souper Onfray figuraba como "jinete director de turno" del Regimiento Simbólico de Caballería [Blindada] "Coronel Santiago Bueras". En diciembre de 2004, el diario La Cuarta lo señaló entre los probables homicidas de Víctor Jara en el Estadio Chile, junto a otros ex oficiales del Blindado N° 2, según la investigación que adelanta el juez especial Juan Carlos Urrutia, quien busca a los autores materiales del crimen del canta-autor tras procesar al teniente coronel (R) Mario Manriquez Bravo, jefe del campo de prisioneros que funcionó en ese recinto deportivo que hoy lleva el nombre de la más emblemática de sus víctimas.

Los demás oficiales que participaron en la asonada fueron:

–Capitán Sergio Ramón Rocha Aros, liberado desde los calabozos del Ministerio de Defensa, donde se hallaba detenido. –Teniente Edwin Dimter Bianqui, pariente del compositor Vicente Bianqui, jefe de la acción que liberó a Rocha Aros. –Teniente Raúl Aníbal Jofré González –Teniente Mario Garay Martínez –Teniente José Gasset Ojeda, hermano de Alberto Gasset Ojeda, civil de Patria y Libertad que vistió uniforme militar en el alzamiento. –Teniente Antonio R. Bustamante Aguilar

Según la foja 1089 del expediente del proceso militar 2765/73, en el Regimiento Blindado N° 2 había otros dos tenientes que tuvieron una participación nula o menos relevante en el intento de golpe: –Teniente René López Medina –Teniente Sergio Fernández Castillo

El doble discurso de Pinochet

El cabo Héctor Hernán Bustamante Gómez, jefe de la patrulla que dio muerte a Leonardo Henrichsen en calle Agustinas, realizó ese día labores de enlace entre Souper Onfray, los carabineros de la Comisaría de Investigación de Accidentes de Tránsito (CIAT) y las tropas del Regimiento Buin, supuestamente "leales", comandadas por el coronel Felipe Geiger Stahr, cuyo mando fue avasallado por el general Augusto Pinochet, quien se presentó temprano en esa unidad en tenida de combate –"vestido para matar"–, en lugar de estar junto al comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats González, como lo establecía su rol de Jefe del Estado Mayor.

Los carabineros rehusaron una propuesta de Souper, que consistía en permitir el ingreso tropas propias y del Buin al Palacio de La Moneda desde el lado sur y a través del subterráneo de la CIAT, que funcionaba entonces debajo de la Plaza de la Constitución, que en esa época era una amplia explanada utilizada como estacionamiento gratuito de automóviles. Pinochet y el jefe del Buin se echaron para atrás cuando constataron que Souper Onfray había perdido la partida, una vez que comenzaron a llegar al sector norte del palacio las tropas del Regimiento Tacna, sacadas a la calle de mala gana por el golpista coronel Julio Canessa Robert, quien ascendió general y todavía hoy se desempeña como senador de la República, designado por el Ejército. Su cargo "legislativo" expira en marzo de 2006, junto con la figura de los senadores designados que son un quinto de los 50 miembros de la cámara alta.

Prats hizo rendirse a varios tanques por el lado norte del palacio presidencial, derrochando valentía y utilizando solamente la fuerza de su autoridad y su simbólica pistola de reglamento. En cambio, Geiger Stahr prefirió allanar el ministerio de Hacienda, donde apresó a unas ciento cincuenta personas, entre hombres, mujeres y niños, con el pretexto de buscar "francotiradores". El expediente militar registra una declaración del capitán Gabriel Alliende Figueroa, del Buin, sobre un diálogo o parlamento que sostuvo con el comandante Souper Onfray. Otros testimonios dan cuenta de los reclamos de Souper: "¿Dónde está la ayuda del Buin?", el regimiento que fue controlado temprano por Pinochet, en un doble juego, a la espera de los acontecimientos o "al cateo de la laucha", según el lenguaje popular.

Pinochet anduvo toda esa mañana en la cuerda floja. Su comportamiento es un episodio oscuro de la jornada. Pareciera que Souper se abstuvo de destruir los portones de La Moneda con los tanques por sentirse poco seguro debido a la ausencia del Buin, del Tacna, de la Escuela de Suboficiales y de las "masas de Patria y Libertad" comprometidas para la asonada, pero que no aparecieron, aunque fueron armadas con un arsenal robado desde el Blindado N° 2. El Tacna y la Escuela fueron controladas por los generales Prats y Guillermo Pickering, jefe del Comando de Institutos Militares, apoyado por su vice comandante, el coronel José Domingo Ramos Albornoz.

Ese Comando, que controlaba a todas las tropas conformadas por quienes "estudian" para ser militares –infantería, suboficiales y cadetes– actuó sincronizada y lealmente contra el intento de golpe. Pickering falleció en el exilio y Ramos Albornoz, que fue expulsado por Pinochet del Ejército inmediatamente después del golpe, logró sobrevivir a los frecuentes asesinatos de oficiales disidentes que fueron disfrazados como "suicidios".

El Diario de Guerra que debió redactar ese día el general Pickering registra una contraorden a la Escuela de Infantería dictada por Pinochet, indicando que no salieran las tropas. Pinochet fue el único alto oficial que apareció vestido con ropa de combate, mientras los otros jefes militares como Prats, Pickering y Ramos usaron su "gabardina 2" de reglamento, para trabajo de oficina, puesto que salieron de sus casas sin saber que habría un intento de golpe a primera hora de la mañana.

Aunque Pinochet "sabía" anticipadamente que ese día habría operaciones militares, tampoco se decidió a actuar abiertamente en favor de los golpistas porque estos vacilaron en utilizar la fuerza de sus tanques para introducirse en La Moneda, tal como lo hicieron en el –paradojalmente "indefenso"– ministerio de Defensa, donde obtuvieron bastante ayuda interna para rescatar al capitán Rocha. Cuando el Presidente Allende arribó por la puerta norte del palacio presidencial, Pinochet se las arregló para cuadrarse frente al mandatario. Con su vestimenta de combate y sus gafas oscuras espetó "Señor Presidente, todo está bajo control", palabras que irritaron a sus acompañantes ocasionales, el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, y el ministro de Defensa, el periodista José Tohá. Hoy están muertos los protagonistas de ese encuentro con el Presidente, al concluir la jornada sediciosa. Excepto Pinochet, ...quien los hizo matar a todos.

¿Quién es el cabo Bustamante Gómez?

Descubrir la identidad del supuesto oficial que dió la orden de disparar –y cuya figura quedó registrado en la película de Henrichsen– fue un trabajo de una década para este periodista. El sujeto se vistió ese día como si fuera oficial, sin charreteras, pero no era más que un cabo, exaltado y sediento de sangre. El capitán de

Carabineros Héctor Castagliola Carotti, que ese día estaba a cargo de la CIAT, lo describió el 12 de agosto de 1973 como un tipo "sumamente alterado".

Según la declaración de este oficial de policía ante el tribunal militar, "aproximadamente a las 09:15 horas llegó hasta el cuartel [de la CIAT] un furgón de Carabineros que fue detenido por una patrulla militar al mando, al parecer, de un suboficial que no llevaba distintivos y que se encontraba sumamente alterado [Bustamante]". Como la película de menos de dos minutos que alcanzó a filmar Henrichsen antes de morir muestra al reloj del antiguo Banco Sudamericano –hoy Scotia Bank– marcando exactamente las 9:10 de la mañana, al producirse está conversación el cámaraografo acababa de ser muerto.

"En vista de ello –prosiguió Castagliola– subí y hable con el suboficial [Bustamante] al que le pedí que se calmara y que dejara bajar el vehículo de Carabineros, lo que efectivamente ocurrió al obtenerse el pase de ese militar. [...] Posteriormente, llegó otra patrulla militar con la misión de hacer presente que el Comandante Souper deseaba entrevistarse con el jefe de nuestra unidad y yo recibí la orden de ir a parlamentar con ese militar, cuyo tanque era el que se encontraba frente a La Moneda". El carabiniere relató que Souper pidió la intermediación de la CIAT para obtener la rendición de la Guardia del Palacio. Concluyó su declaración con una frase sacramental que se repite con demasiada frecuencia en las más de dos mil páginas de todo el expediente: "Tampoco supe nada en relación a la muerte del periodista Leonardo Henrichsen".

Según el sargento primero Sergio Espinoza Murillo, comandante del tanque E 2808, que operó junto al de Souper, "el cabo Bustamante me hizo presente que empezaba a acercarse gente por Morandé y Agustinas y que mi Comandante [Souper] me ordenaba que me colocara en Morandé y Agustinas y dispersara a la gente. Yo me puse en el lugar y disparé la punto 50 hacia Morandé, pero al aire". Todavía los edificios circundantes conservan huellas de los impactos de grueso calibre ordenados por Bustamante. En el perímetro de La Moneda murieron numerosas personas que se encontraban en sus oficinas o departamentos.

Enseguida Bustamante ordenó disparar contra el diario La Nación, que se halla frente a la CIAT y a pocos metros de lo que fue el Banco Sudamericano. Según el relato del teniente golpista Raúl Aníbal Jofré González, "[...] uno de los vehículos auxiliares, precisamente el que tripulaba el cabo Bustamante, hizo fuego de ametralladora, al parecer (.50) punto cincuenta, contra esa posición". El oficial dijo que "transcurría el tiempo sin que apareciera el apoyo, comenzando un gran desasosiego". Bustamante se mostraba cada vez más exaltado.

A media mañana, Souper dio orden de emprender la retirada, decisión que ya había tomado una hora antes el teniente Dimter, a una cuadra de distancia, aburrido de esperar las acciones después de liberar al capitán Rocha, que partió a hacerse cargo del cuartel, donde recibió heridas de bala de tropas de El Tacna. Y ocurrió quizás el único enfrentamiento entre militares que se dio ese día en los alrededores de La Moneda, pero que fue disfrazado como un tiroteo de "francotiradores", es decir, los trabajadores que construían la torre de Entel, a escasa distancia del centro de los acontecimientos. El Ejército allanó la construcción, donde había más de 100 personas refugiadas en los sótanos, pero no encontraron una sola arma. Sin embargo, igual fueron apresados y entregados a la policía civil, Investigaciones.

Los disparos surgieron, en realidad, desde las "tropas leales" del Tacna, al mando de Canessa, y nada menos que contra la camioneta que manejaba Bustamante, con

el resultado de dos muertos, la destrucción del vehículo y heridos por doquier. Bustamante recibió impactos de bala en una pierna, fue a parar al Hospital Militar, y por tal motivo, jamás concurrió a declarar en el corto tiempo que tuvo el fiscal Saavedra para investigar. "Pasó colao", de bajo perfil, ...hasta hoy.

Nacido en 1943, el ex cabo Bustamante –cédula nacional de identidad N° 6.682.208-7– tenía apenas 30 años cuando ordenó matar a Henrichsen, hace 32 años. Hoy vive en la comuna santiaguina de Conchalí, una barriada popular en la parte norte de la ciudad, pero no parece tener una vida muy próspera, probablemente porque fue jubilado prematuramente por el Ejército, a lo mejor con una pensión baja. Al 29 de marzo de 2005 registrababa 34 cuotas sin pagar de un crédito de consumo del Banco de Chile y un pagaré de la empresa Oriencop Ltda., en mora desde el 28 mayo 2002 al 28 octubre 2004. Pudiera ser que hoy esa deuda cercana a los mil dólares haya aumentado un poco, pero también se le acerca la hora de pagar ante la justicia por su crimen.

Ernesto Carmona  
Periodista y escritor chileno.

## El día que mataron al periodista Leonardo Henrichsen



En 1973 Leonardo Henrichsen cubría el Tanquetazo para la Televisión Sueca, sin quererlo, se transformó en una de las 20 víctimas de este movimiento militar, pero además grabó su propia muerte y a su asesino. Ahora, más de 30 años después, la justicia empieza a investigar su crimen.

### 27.10.05 Querrela por muerte de camarógrafo

Abogados de la Corporación de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU)

Presentaron una querrela contra el Suboficial (r) de Ejército, Héctor

Hernán Bustamante Gómez, a quién se le responsabiliza de la muerte del camarógrafo y corresponsal de la TV Sueca y canal 13 de Buenos Aires, Leonardo Henrichsen, abatido el 29 de Julio de 1973



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: [archivochileceme@yahoo.com](mailto:archivochileceme@yahoo.com)

**NOTA:** El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 